

LA NAVAJA MÁS RARA DEL MUNDO

V. Romero-Tosca

Creo que a todos nos gusta conseguir objetos raros o curiosos para que formen parte de nuestro patrimonio sentimental, y si además tienen un valor nostálgico y artístico, mejor que mejor; porque lo primero no basta; si tu abuelo hizo un tornajo, por mucho que lo hiciera tu abuelo, no deja de ser un tornajo. Esto no quita para que cualquier trasto marcado a fuego con la ese y la erre enlazadas, que no dé lugar a duda alguna de haber sido fabricado por mi abuelo Saturnino, me produzca un cierto recosquilleo.

Vamos a tratar aquí de una artesanía autóctona de supervivencia, de la fabricación, reparación o remiendo de aparatos y cacharros, hecha con cierto grado de ingenio. En nuestro caso, si ha existido un creador en estas cejas, ése ha sido Agustín González el del Vallejo. Cuando digo creador no me refiero a fabricante, que seguro los habrá habido más y mejores en varios ramos; pero el que con una soldadora une hierros, para mí no crea, simplemente suelda. Y si dicen que hubo un herrero que retorció rejas y herraduras con gran maestría, ¡pues faltaría más!, no hacía otra cosa que cumplir con su obligación. Ni tampoco digo nada de esos que llaman artesanos, que ya sé que los habrá buenos por ahí. Estamos hablando de aportar innovaciones —por muy rudimentarias que fueran— o de ingeniárselas, sin muchos conocimientos y con menos medios, para subsistir en aquellos años de penuria: Unir con lañas de alambre, remachar con palos de buje, restaurar el cilindro de la máquina de picar patacas con una lata de aceitunas, forrar el trillo y el pelador con chapas de bidones, cepillar madera con culos de botella etc.; o al menos, si esto no es crear... Intentarlo, que no es poco, que antes o después todo se acaba reconociendo: Ya hace tiempo, un hombre algo zaparrastras se atrevió a fabricar unas samugas, a las que ni se molestó en limpiarles los pugones; pues resulta que, semejante desastre, tuvo su reconocimiento y aquellos ejemplares acabaron cambiando el nombre al dos de bastos.

Dentro de esta misma escuela del apaño —la creativa—, muy bien podríamos situar al tío Dominguín de Griegos, hombre tan pequeño en estatura como grande en ingenio, que fue capaz de crear con cuatro hojalatas -entre otros artilugios- prototipos como el arado mono-mula, diseñado especialmente para sembrar, cavar y recoger patatas, y evitar así los pisotones de los mulos que destrozaban la mitad de las matas. Además, de paso, se podía prescindir de media yunta. Modelo de arado éste del que, por cierto, conservo un ejemplar colocado en un pedestal como si se tratase de una reliquia.

Muy influenciado por la cultura armamentística de la guerra (también es verdad que la única forma de conseguir metales, en el ecuador del siglo pasado, era buscar metralla alrededor de las trincheras), el Agustín siempre fue un reconocido artífice y el gran maestro del reciclaje de la guerra. Con grandes conocimientos sobre todo tipo de armas, calificaba el fusil checo como el de más alcance, y a la bala italiana con una capacidad de penetración tal que podía atravesar las vías de un tren. Asimismo consideraba al tanque ruso como el de mejor blindaje, tan fuerte, que resultaba inexpugnable para el resto de las armas de la época.

Llevado por este interés de indagar en sus hazañas y conocer mejor su obra, allá por el año 1978, acudí con Javier a casa del Agustín. No la recordaba bien, y eso que había estado en varias ocasiones en mi época de monaguillo cuando, cumpliendo religiosamente con las obligaciones del cargo, repartía la "*Semilla Evangélica*" de casa en casa de los abonados. La planta baja era en sí misma un museo del reciclado bélico: al entrar, junto al fregadero, un obús como yunque; clavados en la pared, cerrojos de fusiles que servían de perchas; entre sus herramientas, bayonetas reconvertidas en gubias; y en el techo, unas piezas de artillería que hacían las veces de anillas para colgar los gorrinos en la matanza. Se daba la paradoja de que un hombre tan dado a las armas, con semejante reciclaje, había convertido aquello en el mayor de los alejatos pacifistas.

Eran los años de la Guerra Fría y, coincidiendo con algunas rencillas entre pueblos vecinos, fuimos allí con la excusa de encargarle un misil de largo alcance. Al principio, su sonrisa daba a entender que acogía de buen grado la broma, aunque parecía que no iba a entrar en la provocación, pero su afición al tema le desbordaba de tal forma, que en pocos segundos le pudo y, sin darse cuenta, ya tenía el diseño de aquel arma disuasoria en su cabeza. Todas sus dudas se centraron en atinar, lo demás (lanzamiento, explosión) lo daba por controlado. Colocando la lanzadera del aquel armatoste en la ladera del cerro Santa Bárbara, (supongo que por aquello de ser la patrona artificiera) con un cabrio, como cola de vuelo, clavado a un bidón que tendría una parte de carga suave para la propulsión, y otra, que sería la cabeza de explosión en sí misma, el problema quedaría resuelto. Así, con las conversaciones del asunto, se fue animando y, después de mucho insistirle, accedió a que viéramos el polvorín que era su secreto mejor guardado. Subiendo a la cámara, viendo lo descabellado del asunto, murmuraba en voz baja: "*Estos muchachos del Anastasio están mal del cabeza, y el Kasimotón este tampoco rula bien*". Después de enseñarnos a regañadientes su arsenal —cajas llenas de botes con pólvora, otras repletas de balas, bolsas con sustancias verdosas, mechas y fulminantes de barrenos, granadas y proyectiles de mortero que decía desactivados, aunque se veían muy enteros—, nos contó sus experiencias con explosivos, advirtiéndonos del peligro de la mezcla de los mismos y de los caprichos de la química: Como cuando él y otros jóvenes, haciendo amasijos con sustancias de cabezas de distintos

proyectiles, intentaron reinventar la dinamita, y algo debió fallar, que según nos dijo, les salió una especie de trilita con un poder destructivo diez veces mayor, tan potente, que casi se quedaron todos en las pruebas de la explosión.

Pocos años después comprobé que no puso en marcha aquellas recomendaciones y continuó experimentando con explosiones y jugando, en este caso, con los riesgos de la física. Fue en un ojeo cuando, al dispararle a una pieza, desintegró lo que parecía un jabalí, pues no quedó otra cosa reconocible que unos trozos de pellejo, las orejas y las pezuñas del animal. Después, almorzando, le pregunté de dónde sacaba unos cartuchos con semejante poder destructivo y me dijo: "*Esos son flojos*", a la vez que me enseñaba otro cartucho del *calibre 16*, con una bala desproporcionada y acabada en plomo con forma de supositorio. No tuve que insistirle mucho para que lo probara disparándole a un pino. Desde el grupo alguien me advirtió del riesgo de ver tan de cerca la prueba: "*Apártate de ahí que te mata*". Poco faltó. En el mismo segundo que el pino cayó segado de cuajo, los cañones reventaron quedándose retorcidos cual escena de dibujos animados, y la cara del Agustín quedó sangrando y hecha un poema. Desde aquel suceso, dejaría a un lado la industria armamentística y volvería al diseño con fines pacíficos.

Gran observador de cualquier tipo de *getazo* (golpe, impacto o explosión) tanto artificial como natural, su curiosidad le llevó a analizar la potencia de los rayos, de los que siempre sospechó que aquella acumulación descomunal de energía, por algún proceso extraño de cuajo, al hacer tierra, acababa convirtiéndose —por la punta— en un mineral irrompible con forma de flecha, que sería el verdadero causante de los destrozos que producían los chispazos. Algunas de éstas dijo haber encontrado, lo que fue motivo de más de una carcajada en su día, y, aunque nunca las llegué a ver, no seré yo quien ponga en duda su existencia; y menos después de comprobar que podía estar en lo cierto: No hace mucho, pude ver en una película como, en el Estado de Alabama, atraían a los rayos clavando picas de hierro en la playa; y en la escena siguiente... ¡*Me escuajé!* los chispazos, al caer, fundían la arena y creaban distintas formas de un mineral cristalizado y endurecido conocido como *fulgurita*.

Dentro de su creatividad, también hizo incursiones en el mundo de la escultura: Fue cuando regentaba Pío el Teleclub y consiguió una hermosa pareja de cuernos de ciervo con los que pensaba decorar el recinto. Aquellos cuernos solos no decían nada, así que recurrió al Agustín para que le tallara una cabeza de ciervo donde poder incrustar la cornamenta y que se exhibiera con mayor grandeza. Dicho y hecho; en pocos días, aquella cabeza esculpida en un palo de color azulón-teda lucía majestuosa en la chimenea. Años después, al dejar el bar y recoger sus pertenencias, en el momento de llegar al reparto del ciervo, se planteó un litigio al invocar el Agustín el derecho de adhesión respecto al conjunto de la obra, pues él in-

terpretaba —yo creo que con buen criterio— que los cuernos pasaban a formar parte de la cosa principal, que en este caso era la cabeza tallada del ciervo. Pío pensaba lo contrario, o lo que es peor, ignoró la cabeza, diciéndole después de una acalorada discusión que acabó con el animal mocho: “*Llévate el tarugo ese con orejas si quieres*”. Así que se marchó con su obra mutilada debajo del brazo refunfuñando: “*Qué mala es el ansia jodía*”.

Aun teniendo una vida tan creativa, siempre le quedó la espina clavada de no haber tenido acceso al desguace de alguna pieza más compleja, como al de un carro de combate que, en plena contienda civil, no consiguió subir desde la Canaleja hasta el Portillo. Las autoridades de la época depositaron aquel botín de guerra tan goloso en la paidera del tío Resalao y allí se fue pudriendo o vendido a trozos como chatarra. Esto me contaron en la infancia, aunque mira que me asomé veces por el argollón intentando buscar el tanque y no vi otros reflejos que contrastaran con la cina de leña, más que el brillo del hacha y los de las gallinazas frescas. Cuando comenzó su carrera artificiera —en la posguerra— el Agustín nunca tuvo a su alcance las piezas del tanque, que de haberlas tenido...

Pero el suceso más importante estaba por llegar; creo que fue alrededor del año 1984, cuando fue a caer en sus manos el avión americano; ahora se podía resarcir de toda aquella escasez de materia prima padecida. Aquel hecho me pilló fuera y no sé muy bien lo que pasó, aunque todo pudo suceder así:

El caza fue perdiendo altura hasta que acabó estrellándose enfrente de la Tejería. “*¡Huy, copón, que cepazo!*”, se escuchó decir cerca de allí después del estruendo. Tantos años remendando escopetas con palos de enebro; haciendo balas con plomo de tuberías rellenas con acero de viguetas; pretendiendo inventar la dinamita y ahora, caído del cielo, llegaba a sus manos el arma más sofisticada del mundo y se le presentaba la ocasión de desactivar y desguazar un artefacto con capacidad nuclear. Un impresionante equipo de rescate se desplegó rápidamente desde la base americana de Zaragoza, rodeando en horas la zona como si la nave hubiese caído desde el mismísimo Marte. Pero ya era tarde. El detector localizaba la caja negra y gran parte del avión en el Vallejo. Ante el requerimiento de dos gigantes oficiales de pescuezo oscuro, el Agustín accedió “gustosamente” a devolver aquella caja y otros componentes electrónicos, aunque sospecho que algún pacto secreto de no agresión debió haber, ya que los precintos que durante los días siguientes insistían en prohibir el acercamiento a la zona, no tardaron en aparecer decorando a los espantajos de su patatar en el Estrechuelo. Y así, con la patente de rebusca de aquellos restos, tendría recursos durante años para continuar construyendo los objetos más chocantes que uno pueda imaginar.

Recientemente, recordando estas anécdotas y hablando de la conveniencia de contarlas, le pregunté a su sobrino Vitín qué pasó con los restos del avión, y me

contó que todo fue reciclado debidamente. Las telas de los paracaídas, aprovechando su impermeabilidad, fueron convertidas en polainas para nieve, en morrales de caza y en monederos. Algunas gomas que quedaron sin quemar del tren de aterrizaje, en albarcas. Y todo lo demás, en hojas o cachas de navajas que me describió como: *"Que eran más feas que la leche, pero que cortaban como el copón"*. Lógicamente le mostré mi interés en conseguir una de aquellas piezas que, independientemente de su apariencia o corte, estaba claro que serían más que curiosas. Porque seguro que los ingenieros aeronáuticos que intervinieron en el diseño de aquel aparato lo tenían todo calculado, hasta su posible caída, pero no habían previsto que en el final del ciclo entraría el Agustín y, de allí, saldría la navaja más rara del mundo. *"¡Vaya Huevos!"*...

Sirva esta historia como un pequeño homenaje al Agustín y a todos los que en estas tierras han sido capaces de crear algo distinto a los demás.

